La reina

benita romero morano

Image not found.

Capítulo 1

[17] Julio de 2009, 17.30. En una tarde muy calurosa, el bochorno apenas

Permitía respirar. María, una preciosa adolescente de diecisiete años, se rebela ante lo que considera una injusticia. Sonia, su madre, una mujer madura de cuarenta y cinco años, de una rara belleza, con ojos rasgados, surcados por minúsculas arrugas, la mira con expresión triste, I cansada; ve cómo se prepara otra de las muchas discusiones que tienen últimamente, parece que nunca llegarán a comprenderse. Sus amigas la consuelan, dicen que eso acabará, que es la adolescencia. Pero esa actitud egoísta e intolerante de su hija la saca de quicio.

Mira de reojo el sofá donde el pequeño, de quince años, está absorto en su juego. Cuando Sonia habla con su marido de sus hijos, Él siempre defiende a Pedro, un chico Ibuen estudiante, inteligente, deportista, etc. Pero cuando llega a casa parece autista, no habla, no se comunica con nadie. Ella prefiere las broncas de su hija, pero Marcos es tranquilo ,I metódico, I todo lo estridente le molesta. La verdad es que cuando se lo propone, María es una bomba.

Sonia se seca el sudor, con el calor que hace no le apetece hacer nada, cerraría los ojos ,I se trasladaría a otra dimensión dejando todos los problemas atrás.

—Hace un calor terrible, solo se puede soportar estando en remojo

—dice Sonia.

—Tú lo has dicho, mamá, solo se puede estar en la playa, exactamente donde deberíamos ir —le contesta María.

[7]

—No aproveches la mínima oportunidad para comenzar de nuevo.

—Tengo razón, ¿qué se nos ha perdido en el campo? Hace calorI

—La casa tiene piscina y aire acondicionado —le contesta su madre enfadada.

—¿Vas a comparar eso con la playa y nuestra casa casi a pie de mar?

—Tienes todo el resto del verano para disfrutar del mar, solo será una semana.

María era morena, alta ,I delgada, pelo largo I rizado, siempre recogido en un moño como un panal de abejas. Su mayor hobby era I discutir con su madre, o eso era lo que Sonia pensaba.

—Si por lo menos viniera Carlos.

Carlos era un joven problemático con el que María solía quedar, I a su madre no le gustaba un pelo.

—No me voy a llevar a tu novio o lo que sea. Éstas son unas vacaciones en familia, que falta nos hace, llevamos unos meses para olvidar.

—Si papá y tú tenéis problemas solucionadlos, I no nos metáis a nosotros.

—Todos tenemos problemas de comunicación en esta casa, tu padre, tu hermano, tú ,I yo.

—Yo me comunico perfectamente con todo el mundo. El de la maquinita sí necesita las vacaciones familiares, llévatelo solo a él.

—A mí me dejas tranquilo, yo no tengo ningún problema, niñata, no me he metido contigo; normalmente ni te hablo—le replica Pedro indignado.

—¿Ves, mamá?—dice la joven, triunfante—. ¿Tengo o no tengo razón?

—Silencio, nos vamos mañana ,I punto. No quiero este tipo de discusiones delante de tu padre, le hace mucha ilusión el viaje, él solito lo ha organizado todo.

—Claro, para hacerse perdonar —dice María.

—Cállate, niñata, eres una egoísta —le replica su hermano enfadado.

—Por favor, me duele la cabeza, ¿lo podéis dejar ya? Tu padre está a punto de volver.

Pedro intenta cambiar el tono de la conversación; siente lástima por la expresión de tristeza de su madre.

—¿La perra estará bien con Gloria?

—Por supuesto, tiene un jardín inmenso para jugar, sabes que la quiere mucho.

—Me gustaría haber acompañado a papá.

—Sabes que se pone muy nerviosa en el coche, solo va tranquila cuando va sola con tu padre —comenta Sonia dirigiéndose a su hija—. María, prepara tu maleta, salimos a las seis de la mañana.

—Encima tengo que madrugar —la joven sale dando un portazo.

—Esa niñata necesita una buena torta.

—No llames así a tu hermana, por favor. Ve a preparar tus cosas. Cuando llegue papá saldremos a cenar algo, tengo todo recogido no me apetece meterme en la cocina.

Pasadas más de dos horas se abre la puerta de la calle.

—Hola, familia, ya estoy aquí.

—Hola —la mujer le mira enfadada.

—¿Los niños?—Marcos intenta ignorar la actitud de su esposa.

—Están preparando las maletas.

Sonia grita desde la escalera a sus hijos.

—¡María, Pedro, ha llegado papá! Terminad, que nos vamos a cenar —I dirigiéndose a su marido—: ¿Cómo has tardado tanto?

La expresión gélida de su esposa lo paraliza, pero le da a su contestación el tono más intranscendente de que es capaz.

—Me entretuve charlando con Gloria y ultimando algunos detalles del viaje.

—¿Fuiste a despedirte de ella?

—No empieces con eso otra vez, ya te he dicho que está olvidado, quedó atrás. Hemos decidido empezar de nuevo, ¡por favor! —su voz se rompe y refleja todo el hastío que le embarga. Marcos,

[9]

MARTRAN: El regreso de la reina

con su pelo castaño lacio, sus ojos color miel de mirada cansada, parece haber envejecido años en unos meses.

—¡Hola, papá! ¿Cómo se quedó la perra, estaba muy nerviosa?— pregunta Pedro, entrando en la habitación. El joven se queda paralizado, se puede respirar la tensión; no es la primera vez, desde hace meses el ambiente en su casa es imsoportable.

—Hola, hijo. No, se quedó tranquila. ¿Tu hermana aún no termina?

—Está hablando por el móvil, como siempre —el muchacho aparta esos pensamientos que segundos antes le rondaban. Es lo que él y su hermana llevan haciendo durante mucho tiempo, mientras ven cómo el matrimonio de sus padres se desmorona.

Su padre le grita desde el salón.

—María, cuelga ya el móvil que nos vamos.

Dirigiéndose a su esposa, Marcos puntualiza:

—Los móviles se quedan aquí, o al menos habrá un horario para llamar. No pienso aguantar esto toda la semana.

Parece que el momento de tensión ha pasado. Pero sabe que la calma es ficticia; Sonia no va a olvidar.

María entra en la estancia con cara de enfado.

—Ya estoy aquí; podíais haberme dejado salir a cenar con Carlos, es la última noche que pasaré aquí.

Su actitud beligerante diluye la tormenta. Su hermano le replica riéndose.

—Ni que te fueras a morir.

Su madre interviene, conciliadora.

—Tenemos que salir temprano, por tanto nos levantaremos pronto.

Su padre I, dirigiéndose con voz severa a la joven:

—No me gusta ese muchacho, no es una buena compañía.

—Está bien, papá, lo que tú digas, siempre llevas razón, o al menos eso es lo que piensas.

—Ya está bien, no le hables así a tu padre. ¿Dónde queréis cenar?

—Vamos a una pizzería, a la del centro comercial —dice PedroI entusiasmado.

—No te lo crees ni tú, para ver a tus amiguitos. Si yo no puedo salir con Carlos, tú tampoco con tus amigos.

—Dejad de discutir, vamos al bar de Ernesto ,Inos tomamos unas tapasI cuanto antes volvamos a casa mejor, me duele terriblemente la cabeza.

—¿Ves lo que has conseguido, niñata?

Durante la cena en un bar de barrio casi desierto, Sonia intenta aliviar la tensión del momento, porque es consciente ,I sabe que su actitud la ha provocado; pero no puede evitarlo. Aunque le ha jurado que lo ha perdonado, son solo palabras, no es capaz de olvidar; I eso la hace sentirse, a su vez, culpable. Ya no le ama, se pregunta si lo hizo alguna vez, siempre se sintió fuera de lugar desde que tiene edad para recordar, I él lograba centrarla. Sacude la cabeza para alejar los pensamientos que la atormentan, ya se enfrentará a la situación cuando regrese, de momento se dará una semana de tregua.

—¿Dónde está exactamente la casa?—le pregunta a su marido.

—Es una pequeña aldea en la montaña, a unos setecientos kilómetros de aquí. El acceso con el coche es un poco complicado, pero el paisaje es espectacular.

—¡Papá! ¿Te has vuelto loco? ¿No podías haberte quedado algo

más cerca? —le dice María, indignada. La joven se siente atrapada,

lleva I meses aislándose de sus padres, I ahora, ¿qué pretenden? ¿Arreglar

sus errores a su costa? Son I egoístas, pero con ella que no

cuenten.

—La distancia es lo de menos. Pararemos para desayunar ,I almorzar,

no será tan largo, al anochecer habremos llegado.

A las seis en punto de la mañana, el coche sale del aparcamiento, todos

llevan cara de sueño. Emprenden el viaje más largo de su vida,

para algunos de ellos un viaje sin retorno.

Han pasado I más de cinco horas, los dos jóvenes llevan casi todo

el trayecto dormidos, aun así el cansancio está haciendo mella en

ellos. El coche circula monótono, sin aminorar un ápice la velocidad,

mientras María se mueve inquieta.

—Papá, necesito ir al baño, te lo dije hace ya casi una hora.

[11]

MARTRAN: El regreso de la reina

Marcos no contesta a su hija, su mirada permanece perdida en

el horizonte, solo pendiente de la carretera, es como si estuviera a

millones de kilómetros de allí.

—Cariño, tendríamos que parar un rato; los niños están cansados

—le dice Sonia. Su actitud ha cambiado, está preocupada.

Su marido no le contesta, ella le zarandea suavemente para hacerlo

volver.

—¡No puedo! —grita él.

—¿Te pasa algo? —le pregunta la mujer, asustada.

—No me pasa nada, estoy bien. Pararemos en la próxima estación de servicio. Pero el tono de su voz es diferente, sin matices.

—Es increíble que no haya salido el sol, parece que estamos en invierno, sin embargo para hoy pronosticaron sol radiante —comenta Sonia para intentar distraer a sus hijos, que cada vez miran más preocupados a su padre.

—El tiempo se ha aliado con mi estado de ánimo —le replica su hija.

—Aprovechas cualquier oportunidad, será mejor que te calles —le dice su hermano mirando a su padre, este no parece tener intención de bajarse del coche.

Los niños bajan ,I se dirigen a la tienda I discutiendoI seguidos de su madre. Sonia se vuelve sobresaltada cuando escucha el grito de su marido.

—¡No os entretengáis, tenemos que seguir!

Una impaciencia casi violenta ha sustituido a su apatía de hace unos instantes.

—Ya vamosI papá, ¿qué prisa tienes? A mí no me apetece nada llegar—le replica su hija con voz enfadada. No entiende que le ocurre a su padre

—Si no te has equivocado en la distancia, debemos de estar ya

muy cerca—a Sonia le preocupa que su marido haya confundido el

camino. Apenas lo reconoce.

—Todavía queda mucho —contesta con un tono amorfo.

—Papá está raro, ¿verdad?—pregunta Pedro dirigiéndose a su

hermana.

—Sí —le contesta ésta—. Mamá también se ha dado cuenta.

María piensa que improvisa el camino, como si no supiese a

dónde va.

Se vuelven a quedar dormidos, cuando se despiertan el paisaje

ha cambiado. Están en pleno campo I, circulan por una carretera

secundaria en muy mal estado, el paisaje es agreste, con algunos alcornoques

aquí y allá.

—¿Dónde estamos Ipapá? —pregunta Pedro.

Se queda asombrado, su padre parece no haberle escuchado;

su madre contesta rápidamente.

—No entretengas a tu padre, ya estamos muy cerca, no te preocupes.

—¡Mamái, mi móvil no funciona —le dice María angustiada.

Para ella, ese pequeño aparato es su cordón umbilical, ése que le une

al mundo perfecto que ella se ha fabricado, donde reina y todos le

rinden pleitesía.

—No tendrá cobertura, ya funcionará.

—Eso espero, lo que nos faltaba era estar incomunicados—en
su voz se refleja la desesperación que la va embargando.
—Cállate María —le dice Pedro, con voz alterada, mirando a
su padre de reojo. No sabe qué pasa, pero lleva meses espiando las
reacciones de su madre ,I su actitud en este momento no le tranquiliza,
a pesar de que claramente quiere ocultarlo. Pero para él su cara
es un libro abierto , la página que lee le aterra.
María mira a su hermano y a su madre, y se da cuenta de que
algo va mal. La escena es para poner nervioso a cualquiera, pero IMarcos
conduce sin escuchar nada de lo que ocurre a su alrededor.
—Mamá, tengo hambre—dice el muchacho, dirigiéndose a su
madre en voz baja.
—Esto es muy raro, hace tiempo que tendríamos que haber parado
a repostar —comenta María, en el mismo tono de voz que su
hermano.
—Mamá, ¿qué ocurre? Llevamos horas, el paisaje no cambia,
papá ni nos escucha, estoy asustado.
—No os preocupéis, todo está bien.
Sonia está terriblemente preocupada; mientras los niños dormían,
ha intentado hablar con su marido. Él está en un estado de

semiinconsciencia, solo presta atención a la carretera. Ella no sabe

qué hacer, si le aparta teme tener un accidente, es imposible separarlo del volante al que se aferra fuertemente con ambas manos.

Poco a poco la niebla comienza a envolver el coche, ya apenas se ve I, en un momento la oscuridad es total, los niños atrás lloran en silencio mientras la luz de los faros apenas permite distinguir I lo que hay alrededor, aunque el conductor no parece necesitar la vistaI: sabe bien adónde se dirige.

El coche se para en seco, Marcos entra en un estado de inconsciencia I, Sonia intenta reanimarlo, pero es imposible. Toda su entereza desaparece ,se deja llevar por la desesperación durante unos minutos.

—¡María, intenta pedir auxilio por el móvil! —le dice llorando a su hija.

—No funciona, mamá, ¡por favor, haz algo!

Pedro, llorando, grita:

—¡Mi reloj tampoco funciona! ¿Dónde estamos?

—¡No lo sé! —le contesta su madre, perdiendo los nervios de nuevo

—¿Papá está muerto? —pregunta el muchacho angustiado.

—No, solo inconsciente, sus constantes son normales. Solo parece estar dormido.

—¡Tú eres médico, tienes que salvarlo!—grita María en un ataque de histeria.

—Cálmate —le dice Pedro—. Mamá, saldré a buscar ayuda.

El muchacho siente que es su responsabilidad tomar las riendas de la situación.

—No, hasta que amanezca nadie se moverá del coche. En el cajón de debajo de tu asiento esta el maletín de urgencias; dámelo —dice Sonia dirigiéndose a su hijo; ha recuperado su sitio , aunque está aterrada, no deja que su rostro lo refleje.

El muchacho intenta tranquilizar a su hermana,I mientras le acaricia el pelo I le habla despacio , poco a poco consigue calmarla, nadie reconocería en su actitud hacia ella al joven de hace unas horas.

—Deja de llorar, todo saldrá bien, papá saldrá de ésta, ya lo verás.

—¿Lo crees de verdad? —pregunta la joven, intentando controlar su llanto.

Su madre es la que le contesta, ya ha recuperado el control de la situación por completo , actúa de forma profesional: es como si la persona que está a su lado no fuera su marido.

—Sí, cariño, de momento no parece haber alteración alguna, te prometo que lo mantendré vivo hasta que lleguemos a un centro de urgencias.

Las horas pasan lentamente, a pesar de lo dramático de la situación,

el sueño vence a los niños.

El joven se despierta sobresaltado, la claridad le ha sorprendido, pregunta

rápidamente cuando se sitúa de nuevo:

—¿Papá está bien?

—Sigue igual, pero al menos no ha empeorado —le contesta

su madre.

En ese momento María se despierta , grita:

—¡Mamá!

—Tranquila, cariño, papá está igual, no te asustes.

—¿Dónde estamos? —pregunta su hijo.

—No lo sé. Al amanecer, la niebla se disipó, a lo lejos me pareció

percibir luces en dirección norte.

El joven mira a su madre.

—Yo iré a pedir ayuda —le responde resuelto.

—Tengo miedo, será mejor que vaya yo, es peligroso. No sabemos

dónde estamos , si hay animales salvajes sueltos.

—No puedes, I tienes que vigilar el estado de papá, nosotros

no sabríamos qué hacer si empeorase.

—No sabemos dónde estamos —repite Sonia tozudamente—.

No consentiré que te arriesgues, me moriría si te pasase algo.

—Yo iré con mi hermano—María, a pesar de su miedo, intenta

ayudar.

—No, te quedarás con mamá, puede necesitarte —el joven se

siente seguro , decidido a proteger a su familia—. ¿Has intentado arrancar el coche? —le pregunta a su madre.

—Sí, pero no funciona. Ni siquiera hace contacto.

[15]

MARTRAN: El regreso de la reina

Pedro mira a su alrededor un poco asustado. Al bajarse del coche, toda su valentía de hace unos instantes ha desaparecido. El paisaje es de película de miedo: totalmente nublado, las nubes de un color negro azabache le hacen sentir escalofríos. La tenue luz que se filtra a través de ellas deja ver piedras ,tierra reseca. A lo lejos se percibe una pequeña elevación. Cuando el joven mira alrededor del coche, se pregunta aterrado cómo han podido llegar hasta allí. Están en el centro de un desierto , no se ve ninguna carretera ni viviendas.

—Mamá, me subiré a aquella elevación, miraré para ver si distingo alguna casa, volveré para informarte.

—Cuídate. ¿Me lo prometes?

—No te preocupes, no me pasará nada—en su voz no se filtra nada de lo que ocurre en su interior, parece seguro , tranquilo. Comienza a caminar. Lo que parecía encontrarse a pocos metros se aleja con cada paso que da; no deja de mirar a su alrededor , lo que ve hace tambalear su valor.

—Buenos días —una voz suave le sobresalta.

—¿Usted quién es? ¿De dónde ha salido?

El muchacho mira asombrado I al personaje que está

a su lado. Su piel es terrosa, el pelo largo, al igual que su barba, I

blanco como la nieve. ¡Su ropa! ¿Blanca? ¿Cómo es posible que, caminando

por aquella extensión de polvo, no tenga ni una mota encima?

¿Cómo no lo ha visto? En muchos kilómetros a la redonda no

hay sitio donde esconderse. ¿Cómo no se ha dado cuenta de su llegada?

Todo esto pasa por la cabeza del joven a una velocidad asombrosa,

mientras mira al anciano, sin poder articular palabra.

El anciano sonríe, espera I que el chico se recupere , asimile

su presencia.

—Tú eres Pedro, ¿verdad?—procura que la suavidad de su voz

atenúe el impacto que su presencia ha causado en el chico.

—¿Cómo sabes mi nombre?

El anciano no parece haberle escuchado, I sin esperar su respuesta

continúa.

—Me llamo Brortran, pero eso poco significará para ti. Las explicaciones

pueden esperar, tu padre precisa ayuda.

—¿Cómo sabes eso? ¿Nos has estado vigilando? —el desconcierto

de Pedro es mayor que su miedo

El extraño personaje mira al muchacho con una mezcla de ternura

y curiosidad. La contestación a las preguntas que el joven le ha

disparado precipitadamente, si es que eso es posible, crea aún más desconcierto en Pedro…En realidad la frase que escucha le llena de terror:

—No exactamente—Brortran mira fijamente al joven antes de continuar—. Yo os traje aquí —esta frase, pronunciada sin dejar de sonreír, paraliza al muchacho.

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco? —Pedro es incapaz de asimilar lo que escucha; ¿cómo es posible que su padre se pusiera de acuerdo con este loco para llevarlos allí? La voz del anciano le saca de sus pensamientos.

—Pienso que estamos perdiendo un tiempo precioso, deberíamos correr junto a tu padre —la frase, pronunciada pausadamente, no tranquiliza al joven, que se debate en un mar de dudas.

—No, no llevaré a un psicópata junto a mi familia —aunque intenta imprimir decisión a su voz, no lo consigue.

—¿Qué podría hacerte? Estoy desarmado, puedes comprobarlo, soy un viejo; podrías reducirme fácilmente.

La sonrisa que baila en la boca del hombre no ayuda a tranquilizar al muchacho.

—Mi padreI necesita un hospital , no un loco.

—Soy médico, I tu única opción en este momento.

Pedro no sabe qué hacer; es verdad, no parece que haya nadie más A mil kilómetros a la redonda. Toma una decisión bruscamente , se dirige

con voz autoritaria al anciano, más que nada para darse valor.

—Comience a caminar.

—Tengo un método más rápido para trasladarnos.

El muchacho mira a su alrededor, sin terminar de comprender; allí no hay nada. Pero todo es tan irreal, como sacado de uno de sus juegos de ordenador, que espera que de un momento a otro aterrice un avión a su lado.

Lo que sucede a continuación escapa a su imaginación. Su estado de confusión es tan grande, que se deja llevar.

[17]

MARTRAN: El regreso de la reina

UN MUNDO NUEVO

—Dame la mano —le indica Brortran.

Pedro la extiende sin apenas pensar lo que hace; en ese momento, comienza a formar parte de un mundo que solo podía ser fruto de una imaginación prodigiosa. Durante mucho tiempo, le será difícil decir si es sueño o realidad lo que vive.

Una luz cegadora hace que el chico cierre los ojos, solo unos